

EDITORIAL

UNA OLIMPIADA DE INGRATO RECUERDO

Es sin duda fascinante vivir unos Juegos Olímpicos desde dentro. Es interesante seguir una manifestación deportiva, de la calidad intrínseca de una Olimpiada, profundizando más allá de la simple presencia como espectador en las gradas de un Estadio, pero a veces las secuencias extraídas no responden a lo que se esperaba de ella.

Hemos vivido una Olimpiada de grandes contradicciones: Junto a innegables y espectaculares adelantos técnicos, junto a una perfecta y mecanizada organización, importantes e imperdonables fallos humanos. Frente al esfuerzo de sus organizadores por ofrecer al Deporte una Olimpiada de paz y concordia, los sangrientos sucesos de la madrugada del día 5 de septiembre. Frente al deliberado y casi reiterativo propósito de las autoridades germanas de presentar al mundo una Alemania desmilitarizada, democrática y libre —tan distinta de la de hace 36 años—, la matanza del Aeropuerto de Fuerstfeldbruck y el imponente despliegue de vigilancia en la Villa Olímpica después de los sucesos...

Podrá argüirse, y se hará indudablemente a partir de ahora, que todo ello ha obedecido a lamentables acontecimientos paralelos a los Juegos, pero nunca superponibles a la propia existencia de los mismos, pero creo que en el fondo este razonamiento carece de toda lógica y evidencia una miopía de peligroso alcance en el futuro: Lo que antaño eran deseadas y benéficas pausas de paz entre "guerras calientes", pueden convertirse ahora en episodios de odio y lucha entre "guerras frías".

Creo sinceramente que la idea olímpica, tal y como se viene concibiendo hasta ahora es difícil de ser aceptada por la sociedad en que vivimos. Es más, entiendo que las secuencias de la reciente finalizada Olimpiada, no son ni más ni menos que la manifestación de una sociedad plena también de contradicciones: Junto a una larga y monótona salmodia de paz, de confraternidad y de libertad a niveles utópicos supranacionales; la violencia, el odio, y la venganza a nivel individual. Junto a una hipócrita y falso enfrentamiento individual con la sociedad de consumo; el bastardo y acomodaticio abandono colectivo en un régimen de molicie y bienestar material. Frente a la maravillosa ocasión que ofrece una Olimpiada, para la convivencia de hombres y mujeres de todas las razas y credos políticos, los más tenaces y recalcitantes nacionalismos, los más absurdos revanchismos planteados sobre condicionamientos genéticos del color de una piel...

Estas contradicciones han sido en esta ocasión, tanto más manifiestas cuanto que se han centrado en el marco de un país, como la Alemania Federal, pleno también de contradicciones en su propio contexto: Las mismas, aunque agudizadas, que antes, generalizando, he aplicado a la sociedad de nuestro tiempo. Una Alemania que se debate entre la obligada aceptación de unos

condicionamientos impuestos por los vencedores de una guerra aun reciente, y la esperanzada y quizás no irrealizable visión de una patria fuerte y unida. Una Alemania que sufre en su propia carne el enfrentamiento de dos concepciones opuestas de forma de vida, sirviendo el célebre "muro" tan sólo para agudizar enconos y deseos de revancha. Un país que intenta olvidar el pasado y sin embargo cada una de sus ciudades rehechas —con el esfuerzo ímprobo y admirable de sus moradores— constituyen un permanente recuerdo de aquél. Un país que se esfuerza por presentar una faz distinta a los ojos del mundo —de un mundo que todavía conserva las huellas de la guerra— consiguiendo tan sólo esconder la realidad tras una vulgar careta de disimulo...

Han de cambiar mucho las cosas efectivamente para que la XXI Olimpiada nos ofrezca en Montreal una visión más halagüeña de las que nos ha ofrecido la finalizada en Munich. Ciertamente que en principio y por encima de todo, es preciso que la humanidad encuentre un camino de futuro, sin vaivenes ni peligrosos equilibrios en la cuerda floja de la inseguridad en su propio destino, pero también y en una meta más cercana, y por tanto asequible a las actuales generaciones, se ha de canalizar el deporte en unos cauces que nunca debió perder: menos tremendismo histriónico y mayor calidad humana; menos triunfalismo y más sinceridad; menos fastuosismo de puertas afuera y mayor entendimiento de puertas adentro. Los Juegos Olímpicos no pueden seguir siendo el escaparate idóneo para exhibir diferencias políticas o raciales, sino simplemente la culminación de una labor cierta y honrada llevada a cabo por todos los pueblos durante años. Sólo así podrá ser una realidad la convivencia y el entendimiento entre los hombres de una Olimpiada.

Esperemos que nuestros deseos se cumplan en Montreal, ya que, con sinceridad, nunca pensé que los temores expresados en la Editorial de nuestro primer número del año se cumplieran tan literalmente, pues efectivamente «LAS PALOMAS EN MUNICH LLEVABAN PLOMO EN LAS ALAS».

J. G.